

VIGÉSIMO CUARTO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Algunas heridas permanecen abiertas aún mucho después de la infancia. Un comentario despectivo de un padre o madre, años de inestabilidad, favoritismo, críticas, abandono o el sentimiento de que nuestras necesidades nunca importaron, pueden seguir moldeando las relaciones en la edad adulta. Puede ser que hayamos dejado atrás nuestro hogar original, pero aún llevamos una lista interna de lo nos deben los demás. Perdonar se vuelve difícil cuando las heridas ayudaron a formar la manera en que aprendimos a vernos a nosotros mismos.

La primera lectura de este domingo proporciona una imagen: *“Cosas abominables son el rencor y la cólera; sin embargo, el pecador se aferra a ellas”* (Eclesiastés 27:30). Los hijos adultos pueden guardar rencor porque se percibe como evidencia de que fue realmente importante lo que ocurrió. Soltar puede parecer peligrosamente cerca de minimizar el pasado, justificar a alguien que nunca asumió la responsabilidad o traicionar a la parte de nuestra juventud que merecía protección.

El Evangelio del domingo nos ayuda a hacer una importante distinción. Pedro le pregunta a Jesús: *“Si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo? ¿Hasta siete veces?”* Jesús responde: *“No sólo hasta siete, sino hasta setenta veces siete”* (Mateo 18:21–22). Después, Él narra acerca de un servidor que recibe una misericordia formidable, pero rehúsa a tenerla con alguien más.

El perdón no es negación. No nos obliga a llamar a la disfunción como normal, a restaurar la cercanía con alguien que sigue causando daño, ni a fingir que la confianza existe donde nunca se ha construido. La reconciliación requiere la participación de ambas personas. El perdón puede ser un acto interior de entrega incluso cuando la otra persona nunca se disculpa, cambia o entiende lo que hizo.

Para los hijos adultos, esto tiene mucha importancia, porque muchos de nosotros aprendimos a olvidarnos de nosotros para preservar

las relaciones. El perdón cristiano no es una invitación para seguir haciendo eso. Podemos perdonar y aun así decir un no. Podemos perdonar y mantener la distancia. Podemos perdonar mientras lamentamos lo que no recibimos. Puede seguir siendo necesario un límite incluso cuando el resentimiento empieza a liberar su fuerza.

En ocasiones, la cólera cumplió un propósito. Nos ayudó a reconocer que algo andaba mal. Daba energía para poner distancia o poder decir finalmente la verdad. La recuperación no nos pide sentirnos culpables de esa cólera. Nos hace preguntarnos si todavía necesitamos organizar nuestras vidas en torno a ella. Lo que antes nos ayudaba a sobrevivir puede estar manteniéndonos unidos al pasado.

San Pablo nos recuerda en la segunda lectura que: *“Ninguno de nosotros vive para sí mismo, ni muere para sí mismo”* (Romanos 14:7). Las heridas no sanadas afectan las relaciones que tenemos ahora. Puede ser que regresemos a estar a la defensiva, sentirnos fácilmente amenazados, controladores o temerosos de la dependencia, sin darnos cuenta de lo fuerte que el pasado está moldeando el presente. El perdón da paso a nuevas respuestas.

Es posible que este trabajo tenga que repetirse. Una reunión familiar, una conversación o un recuerdo, pueden despertar con una fuerza sorprendente una vieja herida. Podemos reconocer el dolor sin rendirnos ante él en nuestra vida presente. Ya no tenemos que elegir entre recordar con sinceridad o vivir libres. Lo llevamos a Dios, hablamos con sinceridad con personas que nos hacen sentir seguras y preguntamos qué nos pertenece ahora en lugar de volver automáticamente a un viejo rol.

El perdón también incluye liberarnos de los juicios que se formaron en la infancia. Puede ser que aún tengamos la creencia de que éramos demasiado sensibles, demasiado necesitados, difíciles o responsables

de problemas que no podríamos haber controlado. La misericordia de Dios nos invita también a soltar el control sobre esos reproches.

Jesús no nos pide que olvidemos nuestra historia. Nos invita a evitar que viejas heridas definan nuestra identidad y dirijan nuestras relaciones. Podemos reconocer lo que ocurrió, proteger lo que necesita protección y, aun así, avanzar hacia la libertad. El perdón no borra el pasado. Suelta la autoridad que el pasado tiene sobre la vida que Dios nos está dando ahora.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Qué viejo resentimiento te resulta difícil de soltar, porque una parte de ti teme que el perdón pueda minimizar lo que ocurrió?
- ¿De qué manera sigue una herida de tu familia de origen influyendo en la forma en que respondes a las relaciones hoy en día?
- ¿Cómo percibes el perdonar sin dejar de reconocer tu historia, mantener los límites necesarios y cuidar las partes de ti que resultaron heridas?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Eclesiastés 27:30—28:7

SAL. RESP. Salmo 103:1–2, 3–4, 9–10, 11–12

SEGUNDA LECTURA Romanos 14:7–9

EVANGELIO Mateo 18:21–35